

La Exposición Iberoamericana

Todo da a entender que la Exposición Iberoamericana de Sevilla para la que parece, al fin, haberse nombrado comisario *consensuado* por todas las fuerzas locales, regionales y nacionales, será la mayor manifestación conmemorativa del Quinto Centenario del Descubrimiento de América organizada por la Comisión Nacional. No cabe duda de la prioridad que dicho acto debe tener, pero es muy discutible que deba ser el único. Las razones que abonan su realización son muy poderosas e importantes y todos debemos agradecer los esfuerzos que, en el sentido de que la Exposición sea una realidad internacional, aprobada por el BIE, hicieron Manuel Prado y Colón de Carvajal y Carlos Robles Piquer, anteriores presidentes de la Comisión Nacional. Sus esfuerzos permiten hoy compartir con Chicago los honores de la internacionalidad y universalidad del hecho conmemorado. Ante todo, la importancia que, en el contexto mundial, tiene la Comunidad Iberoamericana, cuyo peso creciente en lo cultural, económico y político alcanza altas cotas en nuestros días, avala una demostración ante la opinión pública, incluso válida para los propios componentes de la Comunidad, de sus realizaciones en el presente, de sus potencialidades científicas, económicas y técnicas, así como cuales son los elementos que formaron su personalidad en el pasado y los que pueden engrandecerla y consolidarla en el futuro.

Las Exposiciones Iberoamericanas de Sevilla (1929) y Barce-

lona (1930) son los precedentes más inmediatos de que se dispone, si bien las diferencias de tiempo, situación y experiencia, aconsejan tener en cuenta otros objetivos y diferente organización. En primer lugar, el modelo de exposiciones localizadas en una sola ciudad, en la que es preciso realizar grandes inversiones o cambios radicales en su infraestructura para acomodar el *campus*, sería propia de una coyuntura económica muy favorable, pero no parece pueda ser aplicable en las actuales circunstancias. Hay que descartar posibles imitaciones y reflexionar para encontrar fórmulas aplicables a las actuales circunstancias y objetivos, que estarían más próximas a un área regional o cultural, no limitada a una sola ciudad, capaz de proclamar la inquietud cultural sobre una problemática: la de la Comunidad Iberoamericana. Somos partidarios de superar los límites urbanos, e incluso regionales, para ir a un *área cultural* que integrase los territorios que fueron base del descubrimiento: la Andalucía occidental y las Islas Canarias. Zonas deprimidas actualmente, que necesitan su revitalización en lo cultural, económico y social, fomentando la inversión, el empleo, el equipamiento educativo. Sería importante destacar la peculiaridad de la citada *zona descubridora*, su condición geográfica y cultural, nexo de unión entre España y América.

En este sentido, pensamos que habría que crear, al menos, cuatro grandes núcleos principales, localizados en Sevilla, Huelva, Santa Cruz de Tenerife-La Gomera, Las Palmas, que serían centros principales de actividades, con una exposición parcial, todas dependientes de la ciudad designada cabecera por el BIE. Pero sería fundamental también llevar a cabo una serie de actividades culturales en todas las islas, ciudades y villas, abarcando una gama lo más completa posible de exposiciones históricas, artísticas, literarias, cartográficas, científicas, técnicas; reuniones y simposios de empresarios, economistas, médicos, científicos, etcétera, agricultura y acontecimientos musicales, ferias, festivales de cine, teatro, conferencias, tecnología militar, industria, etcétera. Se trata, como se ve, de crear un estado de conciencia comunitaria, conseguir una participación efectiva de todas las naciones americanas y que se sumen todas aquellas del resto del mundo que lo deseasen. Para conseguir este estado de conciencia se promovería, a nivel nacional, una política de edición de libros, de vulgarización y conocimiento intelectual, de los grandes temas

americanistas, emisión de sellos, lotería, convocatoria de una olimpiada hispanoamericana, convocatoria de becas para desarrollar proyectos de investigación sobre temas relacionados con la Exposición, concursos en las escuelas y centros de enseñanza, paradas navales, etc. Todo esto supone una voluntad de permanencia. Hay que evitar a todo trance que, al día siguiente de clausurarse la exposición se olvide todo. La amplitud de cuestiones planteadas daría pie para la creación, por ejemplo, del Instituto de la Comunidad Iberoamericana de Ciencias, Humanidades y Tecnología, que mantuviese la tensión originada con motivo de la conmemoración prolongada con posterioridad al año 1992, que tuviese a su cargo, quizá el alto patronato de la necesaria e imprescindible Universidad Iberoamericana, crisol de esfuerzos docentes e investigadores de todas las Universidades del mundo hispánico o aquellas otras que dediquen o consagren planes de estudio e investigación temáticas a la cultura iberoamericanista.

Es preciso proyectar el futuro y cimentarlo con solidez y espíritu comunitario, para despejar cualquier índole de obstáculo derivado de una competencia interna que no tendría sentido. Del «provincialismo» resulta una reacción afectiva que es el *provincianismo* que acaso alcanza cotas máximas de manifestación en tiempos de reforma y cambio, en los que surge inevitablemente la comparación entre la decisión reformista y la recepción pasiva de los efectos de la reforma en la periferia. Pero esto, ahora, debería carecer de toda base de sustentación. Está claro el papel fundamental de la Corona en la unificación de toda la empresa americana y, muy especialmente, de los descubrimientos. La Corona, integradora en la acción, lo es también en la unidad espiritual, intelectual y cultural de las Españas, hasta reducirlas a la única España posible. La conmemoración del Descubrimiento, en su línea de Exposición Universal de 1992, debe tender a conseguir resultados perdurables que beneficie al mayor número posible de tierras y hombres de España, pero de modo fundamental a los que tuvieron un protagonismo directo en los hechos que se conmemoran. Todo esto es posible llevarlo a cabo, gracias al acierto en el nombramiento del profesor Manuel Olivencia Ruiz.

MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA
Director